

111 AÑOS
DEL
CRONOPPIO
MAYOR

La Canalla
LITERARIA

Suplemento de letras y fideos No. 13

CORTÁZAR JULIO

SUPLEMENTO ESPECIAL

hipócritalector



Palabras al lector

POR CLAUDIA CARRILLO MAYÉN

A 111 años de su nacimiento, Julio Cortázar sigue siendo el “Cronopio Mayor” de la literatura latinoamericana: un escritor capaz de tender puentes entre lo cotidiano y lo fantástico, de jugar con la forma de la novela y de abrir nuevos caminos para el cuento. En este aniversario, lo homenajeamos recordando su obra, su imaginación desbordante y la manera única en que transformó la literatura en un juego vital y subversivo.

Su vida, entre París, Buenos Aires y el mundo, entre el surrealismo y el compromiso político, entre la ternura de los cronopios y el vértigo de *Rayuela*, se desplegó en un recorrido donde la ruptura narrativa se convirtió en su manera de vivir y de entender la realidad. Cada historia, cada experimento literario y cada viaje intelectual nos recuerdan que Cortázar no sólo escribió cuentos y novelas, sino que nos enseñó a mirar el mundo con curiosidad, irreverencia y asombro.

Como él mismo dijo: “Andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”. Hoy, celebramos a quien convirtió cada página en un escenario donde la imaginación se despliega sin límites, donde los cronopios ríen, sueñan y nos invitan a cruzar la línea entre lo real y lo posible.

Cortázar nos deja un mundo abierto, un juego interminable en el que cada lectura es un descubrimiento, cada historia un salto y cada palabra una puerta hacia lo inesperado.

Los conejitos y los cronopios de un NARRADOR PARA POETAS

POR MARIO ALBERTO MEJÍA

Julio Cortázar era un hombre muy alto —medía un metro 93 centímetros— y tenía una inteligencia circular. Por ejemplo: si en 1967 tenía una idea, ésta aparecía en algún relato hasta 1975. Era la misma idea, pero renovada con el paso del tiempo. Igual que los cronopios que aman demasiado. Él lo dijo muy bien: “Cuando a un cronopio le rompen el corazón, llora un poco, y luego un poco más. Se sabe ‘desdichado y húmedo’. Pero mientras llora, piensa en que a todos alguna vez les rompen el corazón. En que enamorarse significa también llorar un poco”.

Leí a Cortázar la primera vez en 1975, a mis diecinueve años, cuando ya me había picado la serpiente de la literatura: cuando lo único que quería ser en la vida era escribir poesía. Cuando traía un Baudelaire atravesado a la altura del esternón. Lo leí porque en esos años luminosos en la Ciudad de México mis únicos amigos eran poetas, y a los poetas sólo les gustan los narradores como Cortázar, que escriben una prosa contagiada de versos y otras lindezas.

Un amigo me prestó el “Bestiario”, pero la lectura de “Carta a una señorita en París” no me prendió en ese momento. Tuvo que llegar Elsa Susana Castro Rea, a quien tanto amé y sigo amando, para que me metiera en ese embrujo. Me lo leyó cuando me enamoré como un cronopio de ella, que era tan cronopia. Y nuestro amor generó frutos brutales en forma de prosa, versos y humedades. Susana, pues, me leyó ese cuento de Cortázar con una voz tan hermosa que terminé vomitando conejitos.

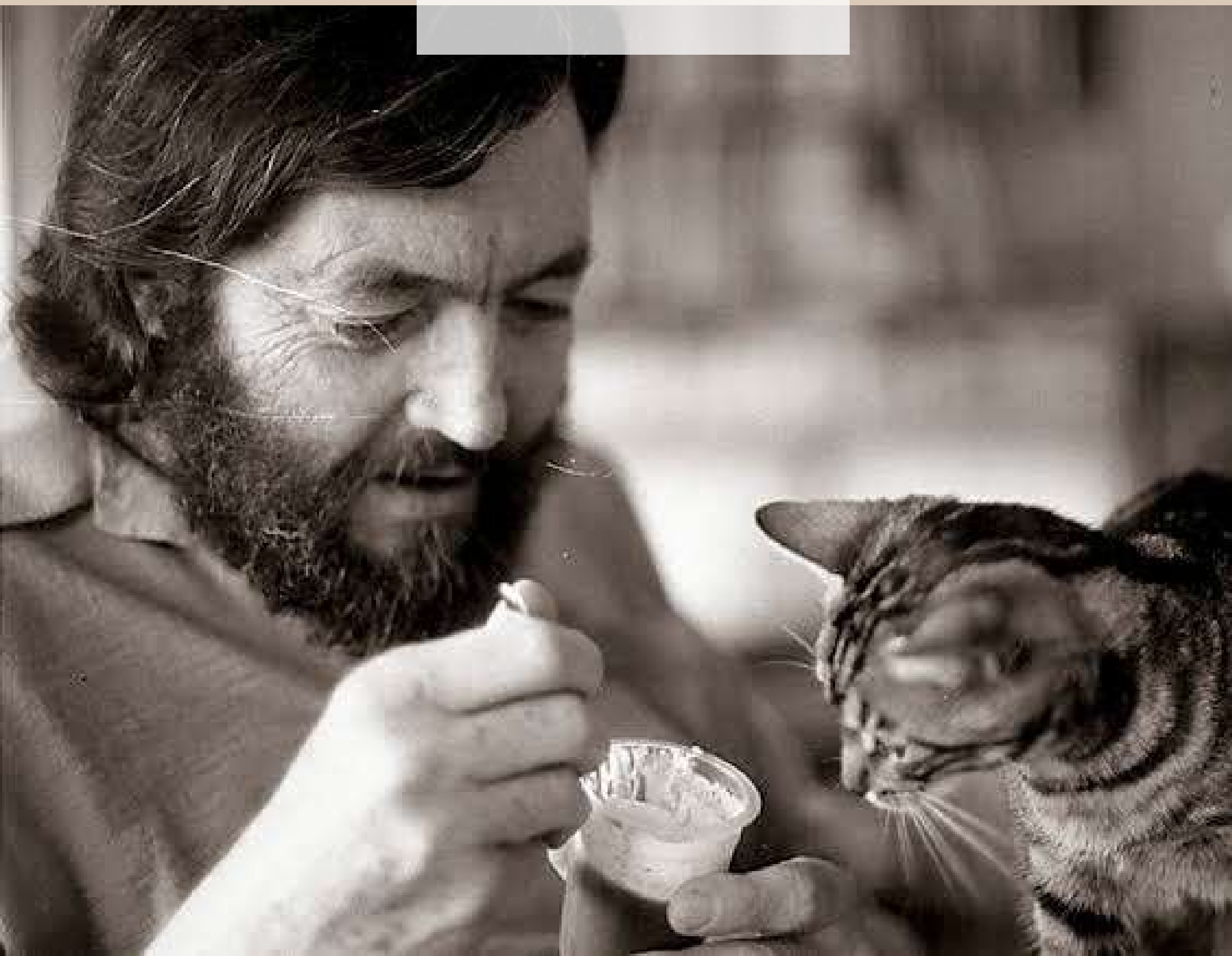
Luego llegó a mis manos “Historias de Cronopios y de Famas” a través de las hermosas manos de Susana, quien me las leía (las historias) después de hacer el amor en un pastizal cercano al CCH Sur, por la zona del Pedregal de San Ángel. Hacíamos el amor con la voz de Susana diciéndome fragmentos de los cronopios, y la culminación llegaba cuando en francés musitaba algunas líneas de la “Carta a una señorita en París”. Era feliz, y sí lo sabía. Quien no lo sabía —y detestaba la idea— era su mamá, doña Elsa, quien una tarde lluviosa me quiso matar a sombrillazos.



He leído a Cortázar toda mi vida. Lo leo y lo releo, y me sigue intoxicando el alma —en el mejor sentido de la expresión. Podría leerlo el resto de mi vida sin aburrirme nunca. Gracias a él, por ejemplo, estoy escribiendo una novela que se llama “Las Babas del Diablo”, que tiene que ver en el espíritu —no en el argumento— con un cuento suyo que Antonioni hizo película: “Blow up”. Brutal, maravillosa, ciertamente inocente. Todos sus lectores somos un poco inocentes como él lo fue al acudir al hospital por un tema estomacal. La historia, terrible, marcó el fin de una época.

En agosto de 1981 lo contagiaron de sida cuando ni siquiera existía el nombre de esta enfermedad. Y no fue una hermosa negra de Sierra Leona la que lo infectó, sino una transfusión sanguínea. Cortázar llegó al hospital debido a una hemorragia estomacal. Los médicos lo atendieron y lo contagiaron de ese fantasma mortal, ignorado hasta ese tiempo. Luego, nuestro héroe contagió de sida a Carol Dunlop, su hermosa y joven mujer, quien murió antes que él. (Están enterrados en dos tumbas de Montparnasse, en París).

La muerte de Cortázar me sorprendió en una temporada en Huauchinango: una temporada en los brazos de mi querida y amada Rossy, quien tanto se parecía a Susana, no físicamente, en el espíritu y en la manera tan brutal de ver el mundo: como un cronopio que se sabe desdichado y húmedo. Ligeramente húmedo, pero feliz.



Feliz cumpleaños, CRONOPPIO MAYOR

POR CLAUDIA CARRILLO MAYÉN

Nacido en Bruselas el 26 de agosto de 1914 bajo el signo de Virgo –por consiguiente asténico, con tendencias intelectuales–, el planeta Mercurio y el color gris –aunque prefería el verde–, Julio Florencio Cortázar Descotte **se definía con ironía como “producto del turismo y la diplomacia”**.

La familia Cortázar aguardó en Suiza el fin de la Primera Guerra Mundial y cuando el pequeño Julio tenía 4 años de edad volvieron a su país de origen, Argentina. Él llegó hablando francés, del cual le quedó la manera de pronunciar la ‘r’ que nunca pudo quitarse.

El padre abandonó su hogar, por lo que Julio Cortázar se crió con su madre, una tía, su abuela y su hermana menor, Ofelia.

Cortázar creció en el paraíso: una casa con un gran jardín lleno de gatos, perros, tortugas y cotorras en Banfield, un pueblo suburbano de Buenos Aires. Pero, lejos de la imagen idílica de un jardín lleno de animales, recordaba su infancia marcada por “demasiadas servidumbres, una sensibilidad excesiva, una tristeza frecuente, asma, brazos rotos, primeros amores desesperados”.

Según él mismo, su primera novela la terminó a los nueve años. Escribía poemas, pero le causó una gran desazón que su familia sospechara que se trataba de plagios.

Realizó sus estudios secundarios en Buenos Aires y se graduó como Licenciado en Letras. Durante varios años se dedicó a dar cátedras en pueblos y ciudades de campo, a lo cual renunció luego del fracaso del movimiento antiperonista donde anduvo metido.

Comenzó a trabajar en la Cámara Argentina del Libro. Llevaba años escribiendo sin publicar algo, a excepción de un libro de sonetos que salió a la luz en 1938 bajo el seudónimo de Jorge Denis, que para júbilo propio fue felizmente olvidado.

De 1946 a 1951 su vida fue solitaria e independiente. **En esos años se veía a sí mismo como un “solterón irreductible, amigo de muy poca gente, melómano, lector a jornada completa, enamorado del cine, burguesito ciego a todo lo que pasaba más allá de lo estético”**.

Luego de un curso de 9 meses (en lugar de 3 años que normalmente se llevaría) obtuvo el título de traductor público nacional de inglés y francés. El esfuerzo le provocó síntomas neuróticos como la búsqueda de cucarachas en la comida que después olvidó con su trabajo. Ser traductor era un gran oficio para una vida como la que Julio Cortázar llevaba en ese entonces: “egoístamente solitaria e independiente”.

Casa tomada, su primer cuento, fue publicado en la revista *Los Anales de Buenos Aires*, dirigida por Jorge Luis Borges, quien admitió conocer poco la obra de Cortázar, “pero lo poco que conozco de ella me parece admirable y me siento orgulloso de haber sido el primero en publicar una obra suya”.



Borges recordó la “visita de un joven alto que se presentó en mi oficina y me tendió un manuscrito; le dije que lo leería y que volviera al cabo de una semana. La historia era excelente, mi hermana Mora la ilustró».

Fue hasta 1949 que Cortázar publicó una obra con su nombre real: el poema dramático *Los reyes*, en el cual reinventó el mito del Minotauro.

Dos años más tarde salió su primera gran obra narrativa, *Bestiario*, donde ya dejaba ver su estilo de fantasía desbordante, aunque desde tiempo atrás ya estaba consciente de su genialidad: “estaba completamente seguro de que todas las cosas que iba guardando eran buenas, algunas incluso muy buenas, como ciertas historias de *Bestiario*. Sabía que nadie antes de mí había publicado cuentos como aquéllos en español, al menos en mi país. Existían otras cosas como los admirables relatos de Borges, pero lo que yo hacía era diferente”.

Ahogado “dentro de un peronismo que era incapaz de comprender”, Cortázar abandonó Argentina para radicar en París, donde trabajó como traductor de la Unesco.

Julio conoció a una joven de “nariz respingadísima” con quien encontró muchas afinidades intelectuales: Aurora Bernárdez. Contrajeron matrimonio en el barrio parisino de la Mairie. Quienes los vieron juntos, los recuerdan como una pareja encantadora con grandes conversaciones literarias.

“Nunca dejó de maravillarme el espectáculo que significaba oír conversar y ver a Aurora y a Julio en tándem. Todos los demás parecíamos sobrar. Todo lo que decían era inteligente, culto, divertido, vital” contó en su momento el escritor peruano Mario Vargas Llosa, “muchas veces pensé: ‘No pueden ser siempre así. Esas conversaciones las ensayan en su casa para deslumbrar luego a los interlocutores con las anécdotas inusitadas, las citas brillantísimas y esas bromas que, en el momento oportuno, descargan el clima intelectual’.”

Pero la pareja se separó debido a la infidelidad de Julio, quien mantuvo un romance con la editora y escritora lituana Ugnė Karvelis, y años más tarde se casó con la escritora y fotógrafa Carol Dunlop.

Siguió escribiendo algo que empezó “una noche escuchando un concierto en el Théâtre des Champs-Élysées, tuve bruscamente la noción de unos personajes que se llamarían cronopios”, y que se convirtió en las *Historias de cronopios y de famas*, uno de los libros más legendarios del autor. Con ello se ganó entre sus lectores el mote de “El Cronopio Mayor”.

Viajó a Italia para traducir cuentos de Edgar Allan Poe, obra en prosa que publicó en la Universidad de Puerto Rico; mientras que en México lanzó el libro de cuentos *Final del juego*.





Rayuela

“...y de golpe, entre dos medialunas, me constaste un gran pedazo de tu vida”, se lee en los primeros capítulos de la obra maestra de Julio Cortázar: *Rayuela*.

A su manera este libro es muchos libros, pero sobre todo es dos libros, es decir, se puede leer de la forma común y corriente o se puede seguir el orden que se indica al pie de cada capítulo.

Y aunque Cortázar ya había publicado *Los premios*, su primera novela, fue hasta la aparición de *Rayuela*, en 1963, que su nombre sonó en el boom de la literatura latinoamericana.

El gran éxito internacional de esta obra surrealista que el propio autor llamó una contranovela, significó para él “la experiencia de toda una vida y la tentativa de llevarla a la escritura”.

Rayuela es una novela experimental, novedosa y provocadora que vendió 5 mil ejemplares durante el primer año de su publicación, y cuenta ya con traducciones en 30 idiomas diferentes.

“Escribía largos pasajes de *Rayuela* sin tener la menor idea de dónde se iban a ubicar y a que respondían en el fondo (...) Fue una especie de inventar en el mismo momento de escribir, sin adelantarme nunca a lo que yo podía ver en ese momento”, confesó el Cronopio Mayor.

Cortázar, el socialista

Julio experimentó un despertar en su conciencia política y social luego de viajar a Cuba y tener contacto con el movimiento revolucionario de aquel país, donde declaró públicamente su compromiso con “la lucha por un futuro socialista de América Latina, un futuro más justo y más bello para todos mis hermanos latinoamericanos y del mundo”.

Ello representó un cambio decisivo de su antigua postura elitista y antipopular que, a su parecer, no habría sido posible si no hubiera vivido en Francia: “París fue mi camino de Damasco, la gran sacudida existencial, si yo me hubiera quedado en Argentina, probablemente no habría llegado a entender nunca lo que pasaba en mi propio país. Puse un océano de por medio y luego llegó la Revolución Cubana. Allí descubrí todo un pueblo que ha recuperado la dignidad. Eso fue para mí algo catártico; fue una experiencia que me sacudió lo más profundo”.

Con esa mentalidad viajó a Costa Rica décadas después, y con el triunfo de la revolución sandinista se inspiró para crear el libro *Nicaragua, tan violentamente dulce*.

Adiós, Julio

Antes del deceso de su esposa Carol, que lo sumergió en una depresión, se publicaron diversas obras como *La vuelta al día en ochenta mundos*, un homenaje a Julio Verne “pero de una manera muy indirecta”; *62, modelo para armar*; *Último round*; *Prosa del observatorio*; *La casilla de los Morelli*; *Relatos* (en el que se incluye una selección de cuentos de otros títulos); *Pameos y meopas* (poemas escritos entre 1944 y 1958).

Apareció el *Libro de Manuel*, galardonado con el Premio Médicis; así como *Octaedro*; *Fantomas*; *Silvalandia*; *Estrictamente no profesional*. *Humanario*; *Alguien que anda por ahí*; *Territorios*; *Un tal Lucas*; *Queremos tanto a Glenda*; *Deshoras*, entre otros.

Tras obtener la nacionalidad francesa, Julio Cortázar sufrió una hemorragia gástrica y le diagnosticaron leucemia. Realizó un último viaje a su patria donde fue cálidamente recibido por admiradores y amigos.



Pasó sus últimos días en París, rodeado de libros y discos que tenía en sus dos casas donde recibía a las visitas en compañía de su gata, Flanelle.

Los trabajos de Cortázar siguen apareciendo aún después de su muerte, aquel 12 de febrero de 1984. Su obra es, sin duda, un cimiento importante para la literatura moderna.

El maestro del relato corto que rompió las reglas de la narrativa a través de escritos que se debaten entre la realidad y la fantasía, sin regularidad temporal, con una profundización en la psicología de los personajes, una amplia imaginación, creatividad y libertad; abandonó este mundo.

Meses antes de cumplir los 70 años, se acabó la desdicha y dicha de Julio Cortázar, ese “itinerario misterioso que a veces llegaba a franquear y en el que a veces me estrellaba”.



Julio Cortázar, CARTÓGRAFO DE MUNDOS LITERARIOS

Aunque no llegó a concretar su deseo de ser marino, Cortázar fue un experto navegante de las letras que trazó rutas inimaginables hacia un universo literario que revela un fantástico destino: el mundo cortazariano.

GEORGINA CRUZ

Dedicado a explorar y dibujar los mapas de nuevas realidades narrativas y de abrirnos camino a espacios tan increíbles como tangibles, Cortázar no fue solo un relator de historias sino un verdadero cartógrafo de la literatura que, en su andar, nos ha ayudado —a todos sus lectores— a orientarnos en el mundo y darle cierto sentido al lugar que ocupamos en él.

Más que transportarnos con magistrales descripciones a los lugares y escenarios de sus obras, el autor argentino construía cada uno de sus espacios narrativos con precisión cartográfica. Basta con apenas dar una ojeada a su creación más representativa en torno a esta idea: “Rayuela”, una ‘contranovela’ que si bien se lee de forma tradicional, también nos da la alternativa de no hacerlo de principio a fin. Dándonos un “tablero de dirección”, nuestro guía permitió a los lectores salirnos del camino de la linealidad para explorar y saltar entre capítulos, aunque siempre bajo su brújula, creando múltiples caminos y lecturas posibles.

Con esta jugada maestra, los lectores pasamos de ser simples observadores a convertirnos en exploradores que debemos descifrar nuestro propio mapa a través de una rayuela convertida en laberinto. Así, más allá de recorrer las calles parisinas de la mano de las magistrales descripciones de Cortázar, el poeta nos sumerge en la esencia de su propia cartografía literaria, donde la geografía del libro es tan (anti)protagonista como la propia Maga.

A través de sus cuentos, Cortázar es especialista en “mapear” el punto exacto donde lo cotidiano se rompe y lo fantástico irrumpe. Cuentos como *La autopista del sur* o *Casa tomada* —del cual el Hipócrita Lector puede leer un fragmento en este mismo suplemento— son mapas precisos de la irrupción del absurdo en la normalidad, revelando un plano de la realidad que permanece oculto a simple vista.



A Ida Vitale (París, 9 de mayo de 1972)

“Gracias, querida Ida, por Oidor andante: gracias por muchas cosas, por enviarme tu libro más allá de un mar que me separa demasiado de tanta cosa que recuerdo y amo, gracias por ser vos, por tu poesía ceñida y necesaria, por ese recuerdo uruguayo que me llena de pájaros este frío departamento de París.”

En su papel como traductor —e invariablemente como lector y escritor— Julio era al mismo tiempo viajero del tiempo y el espacio, visitando distintos países con cada una de sus traducciones a múltiples idiomas, o al mantener extensas charlas por medio de cartas —navíos cargados de significado— que enviaba (quizás a ‘deshoras’) a sus afectos desde y hacia diferentes partes del mundo. Pero, indudablemente sus trazados cartográficos más significativos son los mundos y personajes que palabra a palabra construyó.

Más allá de estructuras narrativas descomunales, también realizó interesantes lecturas de la cotidianidad en que vivimos, aunque desde una perspectiva igualmente inusual. En sus “Historias de Cronopios y de Famas”, categorizó y clasificó ciertos tipos de personas, basadas en patrones de comportamiento. Con este trabajo, en el que con su ingenio literario nos regaló un nuevo universo de personajes-arquetipo (Los Famas como los organizados y pragmáticos aunque rígidos; Los Cronopios como los creativos y sensibles pero caóticos, y las Esperanzas como los apáticos o ‘grises’), trazó un nuevo mapa de la condición humana que explora magistralmente los oscuros callejones de la interacción social y sus laberintos emocionales.

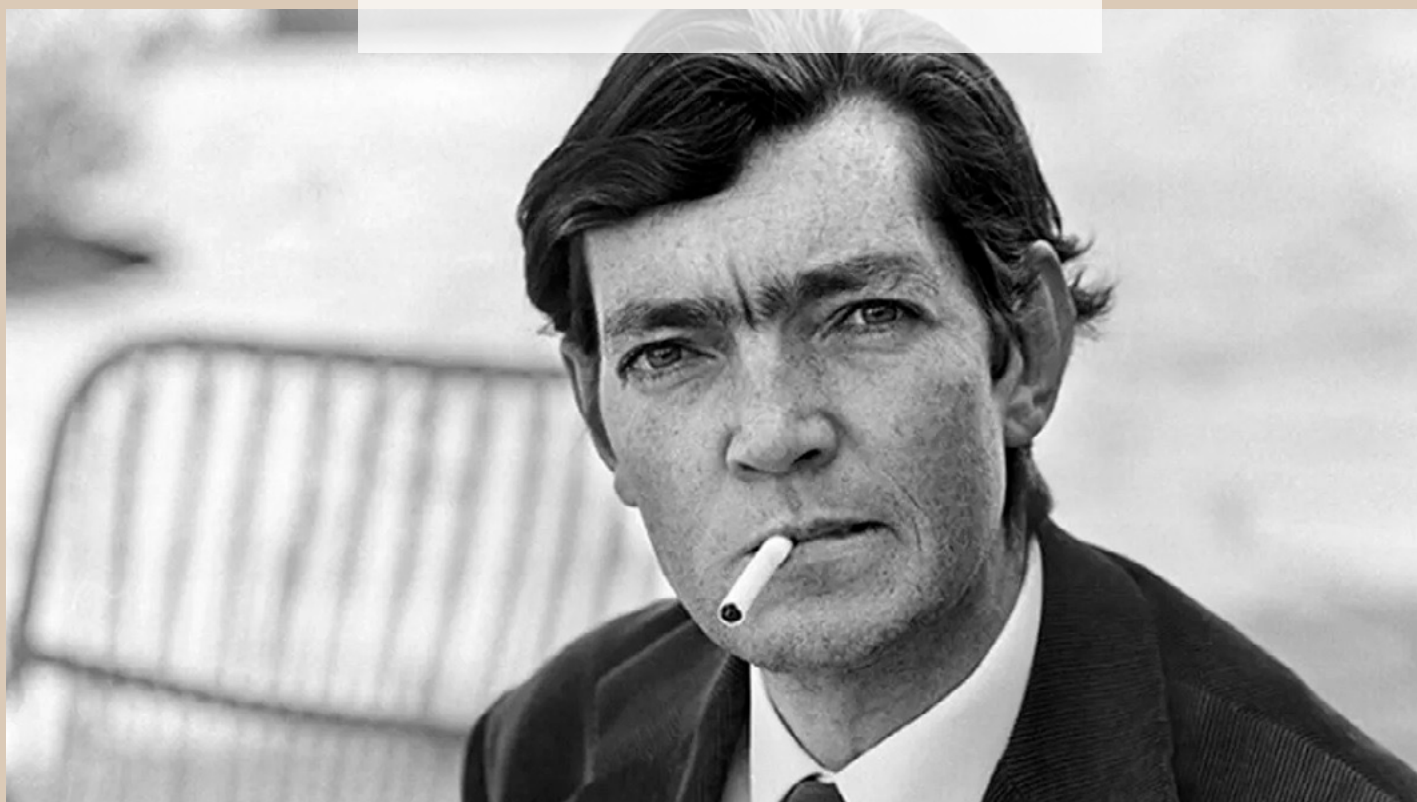
Alguna vez, alguien me dijo que yo encajaba muy bien en el grupo de Los Famas del admirado Gran Cronopio. Aunque aquella ocasión hace ya bastantes años me pareció más una ofensa snob que un cumplido, hoy, volver a encontrarme (aunque sea como Fama) en estos “lugares comunes cortazarianos” tan poco comunes como su extraordinaria prosa, me transportaron a la que —según yo— fue la visión de este cartógrafo literario que palabra a palabra consiguió darnos norte e indicarnos un rumbo. Para Cortázar, sus lectores somos viajeros de sus relatos.

26 / 4 / 83

Querido Antonio, el sobre de tu carta trae una dirección a la que tengo envío estas pocas líneas. Me telefoneaste pero sin dejarme un teléfono para contactarte: vaya cronopio! Ya ahora me aganas mucho hasta las cejas en increíbles trabajos salvando/nicaragüenses/chileno — la solidaridad, siempre. Pero sabe que me alegró tu carta poema de la Garganta de Salín, y que te la agradezco. Ahí va Deshoras para probarle amistad y recuerdo. Sé que en mayo iré a Madrid pero no tengo fecha. Tal vez entre el 20 y el 26. Si podemos veros sería bueno, pero veo que andas lejos y que eso también es bueno para ti. Yo sigo y sigo,

y te abrazo

Julio



CORTÁZAR:

El Mago de la palabra

POR GEORGINA CRUZ

Julio Florencio Cortázar nació el 26 de agosto de 1914 en Bruselas, en plena Primera Guerra Mundial, pero muy pronto la vida lo llevó a crecer en Argentina, país que marcaría su identidad literaria. Su formación como docente y su temprano vínculo con los libros anticipaban lo que luego sería una carrera dedicada por completo a la palabra escrita. Durante años cultivó en silencio su universo creativo hasta que, con un cuento publicado por Jorge Luis Borges, comenzó a abrirse paso en el panorama literario.

El destino lo llevó a París en los años cincuenta, cuando decidió dejar atrás el ambiente político argentino. Allí encontró no solo su lugar en el mundo, sino también la atmósfera propicia para construir una obra que deslumbró por su audacia. Entre cafés, traducciones y pasiones, nació *Rayuela* (1963), novela que lo consagró internacionalmente y lo convirtió en referente del llamado “boom” latinoamericano. Hoy, a 111 años de su nacimiento, lo recordamos también a través de sus frases más luminosas:

“Qué hacer cuando lo que se quiere y lo que se debe hacer, no es lo mismo”.

“Las palabras nunca alcanzan cuando lo que hay que decir desborda el alma”.

“La esperanza le pertenece a la vida, es la vida misma defendiéndose”.

“Todo dura siempre un poco más de lo que debería”.

“La risa ella sola ha cavado más túneles útiles que todas las lágrimas de la tierra”.

“Nada está perdido si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido y que hay que empezar de nuevo”.

“Hay ausencias que representan un verdadero triunfo”.

“Cada vez iré sintiendo menos y recordando más”.

“Mi diagnóstico es sencillo, sé que no tengo remedio”.

“No cualquiera se vuelve loco, esas cosas hay que merecerlas”.

“Lo que uno ama queda siempre cerca”.

“Cómo cansa ser todo el tiempo uno mismo”.



Carta de Cristina Peri Rossi a Cortázar

La aclamada poeta uruguaya Cristina Peri Rossi compartió un profundo y complejo vínculo con Cortázar, a quien a menudo se le considera su amor platónico. Su conexión se inició por correspondencia y el escritor jugó un papel crucial en la vida de Cris —como la llamaba—, ayudándola a refugiarse en París cuando ella se exilió en España a inicios de la década de los setenta.

Desde entonces compartieron viajes, un sentido del humor similar, el amor hacia las mujeres y una nutrida relación epistolar, alimentada por una admiración mutua. Él le dedicó múltiples poemas, mientras que ella —años después de su fallecimiento— honró su relación en “Julio Cortázar y Cris”, un libro en el que narra lo especial de su unión. En el mapa de lo *cortazariano*, ¿quién dijo que esas calles nunca debían de cruzarse? En el camino de la amistad y el amor recíproco que ambos trazaron, estas son algunas de sus letras cómplices:

Barcelona, octubre del 2000

“A veces escucho tu voz y tus palabras en trozos de las cintas que me enviaste y recupero algunas de las cosas más queridas: el olor del tabaco de tu pipa (yo probé a pasarme a la pipa inútilmente: lo único que quería era dejar la pipa para fumarme un buen cigarrillo), la melancolía de tus ojos celestes, los pantalones de pana que te quedaban un poco cortos, siempre, la manera de pronunciar la palabra: “terrrrrrrible” y a María Bethânia cantando “Drama”. Ya no colecciono caleidoscopios —posiblemente porque no estás vos para quedarte extasiado mirando las formas y colores— y tengo la sensación de que el mundo, tal como va, no te gustaría, que tendrías muchas cosas que decirle, con tu sonrisa irónica, con tus atribuciones a la tía Celia, que por suerte no está para desmentirte. También pienso que no te arrepentirías de nada, porque nunca fuiste injusto y tenías un corazón tan grande —como dijo Juan Rulfo— que fue necesario inventarte un cuerpo muy grande, también, para contenerlo. Para un escritor, lo más difícil es estar a la altura de su obra. En tu caso, eso te exigió crecer muchísimo.”

“Un amor”

(Poema de Julio Cortázar dedicado a Cristina Peri Rossi)

A veces creo que podríamos
conciliar los contrarios
hallar la centritud inmóvil de la rueda
salir de lo binario
ser el vertiginoso espejo que concentra
en un vértice último
esta ceremoniosa danza que dedico
a tu presente ausencia.

Recuerdo a Saint-Exupéry: “El amor
no es mirar lo que se ama
sino mirar los dos en una misma dirección».

Pero él no sospechó que tantas veces
los dos mirábamos fascinados a una misma mujer
y que la espléndida, feliz definición
se viene al suelo como un gris pelele.

Dos poemas para el último round:

El sueño

El sueño, esa nieve dulce
que besa el rostro, lo roe hasta encontrar
debajo, sostenido por hilos musicales,
el otro que despierta.

El poeta propone su epitafio

Por haber mentido mucho ganó un cielo
mezquino, a rehacer todos los días.
Por ser traidor hasta con la traición, lo amaban
las gentes honorables.
Exigía virtudes que no daba
y sonreía para que olvidaran.
No vivió. Lo vivían, un cuerpo despiadado
y una perra sedienta, Inteligencia.
Por no creer más que en lo bello, fue
basura entre basuras,
pero miraba todavía el cielo.
Está muerto, por suerte. Ya andará
algún otro como él.

Casa tomada*

Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Hacíamos la limpieza por la mañana, levantándonos a las siete, y a eso de las once yo le dejaba a Irene las últimas habitaciones por repasar y me iba a la cocina. Almorzábamos al mediodía, siempre puntuales; ya no quedaba nada por hacer fuera de unos platos sucios. Nos resultaba grato almorzar pensando en la casa profunda y silenciosa y cómo nos bastábamos para mantenerla limpia. A veces llegábamos a creer que era ella la que no nos dejó casarnos. Irene rechazó dos pretendientes sin mayor motivo, a mí se me murió María Esther antes que llegáramos a comprometernos. Entramos en los cuarenta años con la inexpresada idea de que el nuestro, simple y silencioso matrimonio de hermanos, era necesaria clausura de la genealogía asentada por nuestros bisabuelos en nuestra casa. Nos mo-

riríamos allí algún día, vagos y esquivos primos se quedarían con la casa y la echarían al suelo para enriquecerse con el terreno y los ladrillos; o mejor, nosotros mismos la voltearíamos justicieramente antes de que fuese demasiado tarde.

Irene era una chica nacida para no molestar a nadie. Aparte de su actividad matinal se pasaba el resto del día tejiendo en el sofá de su dormitorio. No sé por qué tejía tanto, yo creo que las mujeres tejen cuando han encontrado en esa labor el gran pretexto para no hacer nada. Irene no era así, tejía cosas siempre necesarias, tricotas para el invierno, medias para mí, mañanitas y chalecos para ella. A veces tejía un chaleco y después lo destejía en un momento porque algo no le agradaba; era gracioso ver en la canastilla el montón de lana encrespada resistiéndose a perder su forma de algunas horas. Los sábados iba yo al centro a comprarle lana; Irene tenía fe en mi gusto, se complacía con los colores y nunca tuve que devolver madejas. Yo aprovechaba esas salidas para dar una vuelta por las librerías y preguntar vanamente si había novedades en literatura francesa. Desde 1939 no llegaba nada valioso a la Argentina.





Pero es de la casa que me interesa hablar, de la casa y de Irene, porque yo no tengo importancia. Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor para preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso.

Cómo no acordarme de la distribución de la casa. El comedor, una sala con gobelinos, la biblioteca y tres dormitorios grandes quedaban en la parte más retirada, la que mira hacia Rodríguez Peña. Solamente un pasillo con su maciza puerta de roble aislaba esa parte del ala delantera donde había un baño, la cocina, nuestros dormitorios y el living central, al cual comunicaban los dormi-

torios y el pasillo. Se entraba a la casa por un zaguán con mayólica, y la puerta cancel daba al living. De manera que uno entraba por el zaguán, abría la cancel y pasaba al living; tenía a los lados las puertas de nuestros dormitorios, y al frente el pasillo que conducía a la parte más retirada; avanzando por el pasillo se franqueaba la puerta de roble y mas allá empezaba el otro lado de la casa, o bien se podía girar a la izquierda justamente antes de la puerta y seguir por un pasillo más estrecho que llevaba a la cocina y el baño. Cuando la puerta estaba abierta advertía uno que la casa era muy grande; si no, daba la impresión de un departamento de los que se edifican ahora, apenas para moverse; Irene y yo vivíamos siempre en esta parte de la casa, casi nunca íbamos más allá de la puerta de roble, salvo para hacer la limpieza, pues es increíble cómo se junta tierra en los muebles. Buenos Aires será una ciudad limpia, pero eso lo debe a sus habitantes y no a otra cosa. Hay demasiada tierra en el aire, apenas sopla una ráfaga se palpa el polvo en los mármoles de las consolas y entre los rombos de las carpetas de macramé; da trabajo sacarlo bien con plumero, vuela y se suspende en el aire, un momento después se deposita de nuevo en los muebles y los pianos.



Lo recordaré siempre con claridad porque fue simple y sin circunstancias inútiles. Irene estaba tejiendo en su dormitorio, eran las ocho de la noche y de repente se me ocurrió poner al fuego la pavita del mate. Fui por el pasillo hasta enfrentar la entornada puerta de roble, y daba la vuelta al codo que llevaba a la cocina cuando escuché algo en el comedor o en la biblioteca. El sonido venía impreciso y sordo, como un volcarse de silla sobre la alfombra o un ahogado susurro de conversación. También lo oí, al mismo tiempo o un segundo después, en el fondo del pasillo que traía desde aquellas piezas hasta la puerta. Me tiré contra la pared antes de que fuera demasiado tarde, la cerré de golpe apoyando el cuerpo; felizmente la llave estaba puesta de nuestro lado y además corrí el gran cerrojo para más seguridad.

Fui a la cocina, calenté la pavita, y cuando estuve de vuelta con la bandeja del mate le dije a Irene:

—Tuve que cerrar la puerta del pasillo. Han tomado parte del fondo.

Dejó caer el tejido y me miró con sus graves ojos cansados.

—¿Estás seguro?

Asentí.

—Entonces —dijo recogiendo las agujas— tendremos que vivir en este lado.

Yo cebaba el mate con mucho cuidado, pero ella tardó un rato en reanudar su labor. Me acuerdo que me tejía un chaleco gris; a mí me gustaba ese chaleco.

Los primeros días nos pareció penoso porque ambos habíamos dejado en la parte tomada muchas cosas que queríamos. Mis libros de literatura francesa, por ejemplo, estaban todos en la biblioteca. Irene pensó en una botella de Hesperidina de muchos años. Con frecuencia (pero esto solamente sucedió los primeros días) cerrábamos algún cajón de las cómodas y nos mirábamos con tristeza.

(*Fragmento un cuento de Julio Cortázar y mapeo de un hogar doblemente inhabitado).

HIPÓCRITA LECTOR

MARIO ALBERTO MEJÍA
DIRECTOR GENERAL

CLAUDIA CARRILLO MAYÉN
DIRECTORA EDITORIAL

OSCAR COTE PÉREZ
DISEÑO EDITORIAL

BEATRIZ GÓMEZ
DIRECTORA ADMINISTRATIVA

Hipócrita Lector, diario de lunes a viernes.
Puebla. CP. 72197 Correo: edicion.
hipocritalector@gmail.com
Editor responsable: Claudia Carrillo Mayén
Permisos Indautor, Licitud y Contenido:
En trámite Todos los materiales son
responsabilidad exclusiva de quien los firma.